primera estrella que nace en el horizonte una queja en voz baja de una dulzura inefable, y sumergidos ambos en el éxtasis inefable de la contemplacion de la naturaleza y sintiéndola entrar en ellos por todos sus poros, por todos los perfumes de la tierra y todos los efluvios de la atmósfera.

Su alma es un templo, Dios está allí; ¿y podeis creer que para dar cuenta de esta fiesta del corazon, en donde habeis convocado el primero y tantos otros despues las gracias y todas las piedades de la naturaleza, habiamos de ir á recoger á veinte ó treinta siglos de distancia las rosas deshojadas de la poesía antigua sobre la orgía? Poeta, respetad vuestro ideal; nos lo debeis á nosotros por las tenaces y violentas admiraciones que hemos esparcido y esparcirémos siempre á vuestro paso.

Y ahora, volviendo á la otra hipótesis; ¿poneis la poesía en la forma más bien que en el sentimiento? Entónces he ganado la causa y no discuto más, y os concedo que la melopea griega ha acariciado más voluptuosamente el oido que ninguna otra poesía.

Pero desde el momento en que el sentido poético de nuestra época es más puro, más elevado que en la antigüedad, poco me importa la perfeccion del verso; el verso no es más que un sonido, el hombre es un alma, y le es preciso al alma más de un sonido para vibrar.

Platon decia: no es el tirso, es el dios el que hace la bacante.

Yo os diré á mi vez: no es la lengua la que hace la poesía; es la parte divina del corazon humano.

VII.

Habeis buscado el progreso en las artes y no lo habeis encontrado. Le buscais en seguida en las pasiones y pasais sin encontrarlo sacudiendo negativamente la cabeza.

Yo sí he comprendido bien vuestros pensamientos; entendeis por pasiones, no las diversas tendencias todas legítimas en sí mismas que ha puesto Dios en el hombre para que cumpla su destino, sino ciertos gérmenes de corrupcion que la materia encierra por una fatalidad, y á consecuencia, segun creo, del dogma de la caducidad. Así, bajo vuestra pluma, progreso en las pasiones significa pura y sencillamente progreso contra las pasiones, pues las pasiones esencialmente perversas por su naturaleza no podian progresar más que en el sentido de su perversidad, esto es, en razon inversa del verdadero progreso. Vos decís:

«¿Está en las pasiones? No, nosotros tenemos las mismas pasiones que nuestros padres, porque tene-

mos los mismos órganos, y porque la lucha establecida en nosotros, entre la naturaleza y la razon, que es el instinto del alma, y las pasiones, que son el instinto de la materia, rompe tan á menudo en nosotros como en ellos el equilibrio sin cesar roto por el mal y sin cesar restablecido por el bien, para volverse á romper sucesivamente.»

Reconozco sin violencia que el hombre, sér doble, *homo duplex*, es á la vez un cuerpo y un alma, y sin llamar precisamente á la pasion instinto de la materia y á la razon instinto del alma, definicion que en mi sentir es muy susceptible de correcciones, acepto plenamente la idea de que el alma tiene dos modos de instinto, dos modos de accion, no enteramente hostiles el uno al otro, como pareceis suponerlo, sino por el contrario, ligados armónicamente.

Me concederéis, sin inconveniente, en cambio, que la relacion entre el cuerpo y el alma ha debido cambiar contínuamente en la larga evolucion de la humanidad. Desde el primer dia el hombre habia recibido de la mano del Creador su cuerpo completo y su cuerpo definitivo, provisto completa y definitivamente de todas sus ruedas mecánicas y de todos sus apetitos. Por su naturaleza concluida y clasificada en consecuencia no puede adquirir ni un órgano más, ni un miembro, ni una necesidad, ni una funcion nueva. Tal como ha sido será. Vos lo habeis dicho el primero,

yo á mi vez lo repito con el autorizado apoyo de vuestra palabra.

¿Pero sucede lo mismo con el alma, esa parte nuestra del Dios vivo, activa como él, y como él creadora, por lo tanto, en el órden de nuestro destino?

¿El hombre ha recibido el dia de la creacion un alma acabada y encerrada irrevocablemente en el mismo número de atribuciones y de ideas?

Seguramente no lo pensais así: puesto que el alma, infinita por su misma esencia, atrae á ella incesantemente en su infinita expansion nuevos conocimientos y nuevos instrumentos de esos conocimientos adquiridos, claro es que cambia sin descanso alguno la proporcion primitiva entre ella y el cuerpo, y que á cada paso que da en la ciencia, á cada verdad que adquiere, alcanza sobre el cuerpo la superioridad de aquel conocimiento científico, el poder de aquella verdad.

Fijado ya esto *à priori*, deduzcamos su consecuencia.

Desde el momento en que el cuerpo adquirió el primer dia su completo desarrollo, debió el hombre vivir, obrar en sentido corporal, único modo que entónces estaba á su alcance; debió llamar virtud á la fuerza del cuerpo, belleza á la elegancia de las formas, gloria á la superioridad de las armas. Entónces cifraba su mision en comer, en beber, en robar el te-

soro ó las cosechas del vecino, y en duplicar con el número de sus hazañas los platos, los cautivos ó las voluptuosidades de sus festines.

La glotonería homérica, la orgía, el libertinaje, la violencia, la rapiña, la crueldad, alternativa ó simultáneamente, formaban, hablando rigurosamente, toda la trabazon, la liga toda de su existencia.

El héroe, esto es, el hombre elevado á su suprema fórmula, lleva entónces el nombre de Aquíles, Ajax, Agamenon y Ulíses, y podemos juzgar del heroismo por el último canto de la *Odisea*. Ulíses vuelve á su palacio, despues de una larga ausencia, y con su astucia y con su habilidad sorprende á los pretendientes de Penélope, los mata sin compasion, esparce sobre las losas calientes áun polvo de azufre, y ahoga despues todas las mujeres de la casa, y tranquilamente despues continúa su interrumpida conversacion con Penélope, entre el vapor de la sangre y el olor de los cadáveres.

El alma dormia entónces aún, y ninguna fuerza contrapesaba en el hombre la violencia salvaje de los sentidos, abandonados por completo á su propio impulso. Empero el alma pensaba, sin embargo; pensaba colectivamente, pensaba á medida que la sociedad se iba acercando al hombre y multiplicaba al contacto de su pensamiento su potencia, acumulando ideas sobre ideas, que iban á trasmitirse de generacion en generacion, y el pensamiento humano así comunicado crecia constantemente en su perpétuo curso y refluia en el alma humana como una riqueza ya conquistada, como una fuerza supletoria que constituia en la humanidad todo un mundo de accion: el mundo moral, que arrancaba del cuerpo toda la parte que tomó para sí de nuestra existencia, y despues de haber vivido hasta aquel momento sólo por la epidérmis, nació en el hombre otra nueva vida desde aquel momento, la vida de la inteligencia.

El ideal de la humanidad cambió de lugar; el pensamiento sustituyó á la fuerza; al héroe el legislador.

Dracon, Numa, Moisés, Solon y Licurgo poseyeron las nociones de la virtud, del bien y del mal, desgajadas del período de los siglos por una larga serie de reflexiones y reglas morales, de las relaciones y de los deberes que entre sí tienen los hombres constituidos en sociedad. Donde imperaba la fuerza colocaron el derecho, y á la disciplina sucedió la ley. Ley salvaje sin duda; ley primitiva que exigia diente por diente, admitiendo la pena del Talion, la tortura por interrogatorio, y que prodigaba la pena de muerte por el delito más insignificante, derramando sangre como agua á la menor debilidad. Hubiérase dicho que el cuerpo sólo cometia la culpa, y que por esta consecuencia debia responder al juez que le interrogaba y

sufrir la expiacion y el castigo. Pero el alma continuaba pensando y marchaba á pasos agigantados, progresando siempre desde la legislacion á la filosofía.

El legislador abdicaba de la supremacía moral de la humanidad en las manos del sabio, de Pitágoras, de Thales, de Anaxágoras, Sócrates, Platon y Aristóteles.

¿Qué es, pues, la filosofía? Es en cierto modo la extension de la legislacion, es la cuestion del destino presentada en toda su latitud, en toda la serie de relaciones primero, de relaciones del hombre con sus semejantes, como en el código; despues, del hombre consigo mismo, y por último, del hombre con la naturaleza, con la vida del porvenir. Gracias á la filosofía, el alma, hallándose en plena posesion de sí misma, se apoderó, por su propio derecho, por su derecho divino, del régimen de nuestra existencia; trajo á la humanidad un nuevo órden de vida, la verdad y la accion de la virtud.

El sabio erigió un altar en el fondo de su conciencia para adorar noche y dia al Dios del bien y consumir el mal en el fuego sagrado de los remordimientos. Imprimió tal alegría, tal serenidad, tal soberanía en su alma, que la sacrificó desde aquel momento todos los goces del cuerpo, y hasta el mismo cuerpo cuando la rudeza de los tiempos le desafiaba y le daba á escoger.

Sócrates, por su propia conviccion, muere con la sonrisa en los labios, y aunque no hubiera habido en el mundo más que Sócrates, y despues Marco Aurelio, el elemento divino hubiera quedado vengado del escepticismo, y el progreso humano hubiera quedado demostrado, porque de todos los anacronismos, el más violento hubiera sido indudablemente suponer que el alma de Platon ó la de Epicteto vagaba errante en medio de las orgías, sobre la yerba ó entre el vapor del vino y de los cantos de la *Iliada* ó de la *Odisea*.

La filosofía, por la causa de que hablaba la razon y por el motivo único de que inclinaba la necesidad de una educacion prévia, hacía de la sabiduría una fraternal comunion reservada para una escogida parte de la sociedad. La copa de la ambrosía no circulaba más que en lo alto de la montaña, en el Olimpo del talento; las turbas eran ignorantes, y por su ignorancia continuaban viviendo en la region material como en los tiempos primitivos. Pero la filosofía, puramente racional al principio, adquiere con el tiempo en un rincon oscuro del Asia la forma de una leyenda, y revestida con la contagiosa potencia de lo maravilloso, penetra en la imaginacion del pueblo, y supliendo el milagro al raciocinio, el filósofo es reemplazado por el apóstol, y el Evangelio triunfante se esparce por el mundo, lo conquista, lo domina y la virtud entónces toma el nombre de santidad.

¿Qué es el Evangelio? Ahora lo sabréis; el Evangelio es Dios, presentándose constantemente á nuestra conciencia. ¿Qué es la santidad? La santidad es la virtud en Dios. El cristianismo hizo de todo hombre nacido de mujer el obrero de su propia grandeza, y para el caso de caida el obrero de su propia rehabilitacion. El arrepentimiento bastaba para dar al hombre un nuevo punto de partida y borrar el pecado. La legislacion antigua, unida aún al materialismo, castigaba al hombre en la carne con el suplicio. Al contrario, la ley de gracia, la nueva religion, con su verdadera doctrina, que crea desde esta vida la resurreccion de la otra, comprendiendo que el alma es la fuente de todas las acciones, hace que el alma quede purificada por los remordimientos, renaciendo el hombre despues realmente puro y limpio para la inocencia. Cada uno de nosotros, instituido por su juez interior, tuvo que cumplir en sí mismo la ley que consistia en esta sublime fórmula, en esta sublime palabra, la caridad: «ama á tu prójimo como á tí mismo.»

¡La caridad! Pasion nueva en el mundo, mucho más poderosa que todas las fuerzas del materialismo, puesto que ella sola destruyó á los amos y venció á los verdugos. Ahora bien, si creeis que el tiempo en su trascurso no ha depositado en el alma ninguna potencia de satisfaccion, no os pareis, os lo pido por compa-

sion, cerca de ciertas ruinas, porque veréis salir de entre el polvo de los circos los espectros de los mártires, y mostrándoos con el dedo sus heridas os echarán en cara la injusticia de vuestras palabras.

El alma humana continuó pensando, y miéntras que el sacerdote cristiano dormitaba sobre la letra en lugar de seguir el espíritu vivo que vuelve sin cesar las páginas del Evangelio eterno para escribir á cada paso una nueva página, el mundo láico, más instruido y mejor inspirado que el rezagado sacerdote de la Edad Media, á quien su traje talar estorbaba para andar, desarrollaba el cristianismo bajo el nombre de filosofía, y á manos llenas lo esparcia sobre el órden de los hechos, sobre el órden del pensamiento, en la ley, en la política, en la economía y en la ciencia.

La verdad salió del santuario donde estaba encerrada y cayó en el dominio comun. El cristianismo regeneró al individuo; la filosofía regeneró á la Europa. Entónces la caridad, dilatada en la proporcion en que se desarrollaba el alma, adquiere un nuevo título y toma el nombre de humanidad.

La humanidad: tal es desde este momento la palabra del progreso, vuestra palabra, la mia, la de todo hombre nacido en el siglo XIX.

La humanidad, última forma del Evangelio, significa el hombre pensando en todas partes con una mis-

ma alma, luchando en todas partes con un mismo corazon, de frontera en frontera, que es la accion y la reaccion del pensamiento de todos sobre cada uno, y del de cada uno sobre todos; que es el alma colectiva del mundo, constituyendo la influencia esencialmente moderna de la opinion; que es la opinion concediendo por sus innumerables voces la recompensa moral de la consideracion, obligándonos á vivir en participacion con nuestros semejantes y bajo su mirada, á darle ó á tomar de él buen ejemplo, á conservarle ó á conservarnos por él en el camino recto.

La consideracion es hoy dia, gracias al poder que en todas partes ejerce la publicidad, una conciencia exterior que asiste á cada conciencia individual en la obra constante de la virtud y de la verdad, esa virtud que podemos llamar sin temor ninguno la virtud de la inteligencia. Y es indudable que así suceda cuando vemos que hasta los que ménos parecen aspirar por su conducta á la estimacion pública, buscan por lo ménos las apariencias de esa consideracion y pagan su deuda á la opinion pública con la falsa moneda que llamarémos la hipocresía.

La humanidad ha conquistado, pues, en el desarrollo de la idea para combatir lo que vos llamais la materia, una fuerza más; y por esta razon y sólo por esta es por lo que el siglo pensador mira como primera condicion de la moralidad la instruccion pública. La lógica lo dice así, y en el terreno de los hechos lo proclama muy alto la historia.

Tenemos las mismas pasiones que nuestros padres, decís; pero entónces ¿qué es lo que vino á hacer Cristo en el sublime dia de la predicacion de la montaña? ¿Por qué yo, y vos sobre todo, recitamos un himno perpétuo á la gloria del Evangelio, si el Evangelio no ha ejercido ninguna accion sobre la humanidad, renovando el hombre interior y volviéndole á colocar cara á cara á Dios? ¿Cuando decimos virtud cristiana hablamos, pues, un idioma ilusorio?

¿Tenemos las mismas pasiones que nuestros padres? ¡Qué aquellas perturbaciones del sexo que fueron universales en la Grecia! ¡Qué aquellas noches sin nombre de Babilonia pasadas detras de las paredes del templo de Milyta! ¡Qué aquellas bayaderas de la India, arrojadas en confusion sobre el estercolero de flores de Siva! ¡Qué aquellas fiestas sangrientas de Roma que harian erizar nuestros cabellos, y aquellas orgías del libertinaje y de la prostitucion del alma y del cuerpo, donde las sacerdotisas del vicio no ocultaban su doctrina de disipacion, sino que el pueblo no las rechazaba, y por el contrario, las hacía consagrar por la ley, instituyendo fiestas religiosas, escribiendo sus máximas obscenas sobre las paredes de todas las casas y grabando los falos y priapos sobre las alhajas y joyas que habian de adornar el cuello y los tornea-

dos brazos de las jóvenes solteras cuando iban á sentarse en la mesa del banquete de la diosa de la hermosura!

Sea, puesto que nuestra organizacion así lo quiere; pero al ménos nos cabe la gloria de haber sumergido esas instituciones en la vergüenza como hijas de las tinieblas.

Ya se ocultan, ya han perdido su puesto en el código y en el templo. ¿Qué digo? El templo las rechaza con horror y el código las marca con el hierro candente.

No sé, por otra parte, si he leido bien ó si un sueño ha turbado mi vista, cuando veo garantizada por vuestro nombre una teoría de oscilacion perpétua entre la carne y la razon, entre el mal y el bien, teoría de tal género, que desde el orígen de la humanidad la péndola va y viene constantemente, dando siempre el mismo número de golpes para el cuerpo, el mismo para la razon, el mismo para el vicio y el mismo número de golpes para la virtud. ¿Vos nos sumergís hoy á la mitad del siglo XIX en la noche lúgubre de la doctrina del dualismo? ¡Ah, si tal es la suerte de la humanidad!..... ¡Silencio! Cerremos la puerta al oir vuestras palabras; que el mundo de las naturalezas inferiores no sepa que los escogidos, fundados en su misma superioridad, han elevado sobre las ruinas de la fatalidad antigua una nueva fatalidad..... La fatalidad de la sangre contenida en la artéria.

¿Y qué pensais del amor, esa pasion, la más santa de todas, enclavada en el fondo de vuestra conciencia? Porque ó la habeis olvidado ó solo por reticencia la habeis indicado. ¿Pensais que nada ha pasado por el corazon humano desde Briseis hasta Beatriz para purificar el amor de dos almas?

Y vos mismo ¡oh poeta! el más grande de los poetas del amor, el más casto, el más etéreo, el más puro, cuyas estrofas todas están bañadas con todas las lágrimas, con todos los perfumes del alma, como la tierra humedecida en la primavera con el rocío y con las aromáticas exhalaciones de las flores, porque cada una de vuestras estrofas es una inmersion del alma en Dios, una palpitacion infinita del corazon, que necesita atestiguar con lo infinito, de estrella en estrella, para hallar un lenguaje que le baste, que le llene, que le satisfaga, y vos vendréis á afirmar hoy con vuestras obras en la mano que amamos nosotros como amaban los griegos, y que vos mismo habeis cantado á Elvira como en otro tiempo cantó Anacreonte á la jóven Milesiana, inclinada la frente sobre la vacía copa y su túnica caida sobre los hombros. Pero basta ya de este episodio del progreso, pues de hacerlo más largo creeria insultar á todas las mujeres que saludo, que conozco, que me conocen, sin prolongarse más su defensa en la de las mujeres de la antigüedad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Pasemos á otra cuestion, porque en esta, lo digo con franqueza, soy demasiado sincero, tengo miedo de haber dicho demasiado, tengo miedo de que me sobre la razon.

CUARTA PARTE.

I.

Es demasiado cierto que he vivido largo tiempo en la atmósfera de la fragua intelectual, y pasado mi existencia demasiadas horas cerca del ruido que produce el martillazo que da en el yunque cada opinion para conocer el pro y el contra de cada doctrina.

Sé que en materias artísticas, por ejemplo, la arqueología, ciencia de lo pasado, en donde se puede hallar un simulacro de verdad al combatir el progreso, con tal ó cual pedazo de mármol arrancado del Parthenon para discutir el tema de lo bello, siempre con más ó ménos instrucciones en el dominio de lo abstracto, y en semejante dominio un hábil dialecto podrá siempre dejar ilusoria la inteligencia.

Pero sobre el problema de la organizacion de la sociedad, de la relacion de hombre con hombre, apénas